

**E**n una aguda y graciosa crónica telegáfica desde París, mi viejo amigo y compañero Braulio Solsona nos describe que ha aparecido en la capital francesa otro pretendiente a la corona de España. Exactamente donde ha aparecido ese pretendiente es en la cárcel de la Santé. Se trata de un pintor de Montparnasse, a quien han encarcelado por falsificar pinturas de artistas famosos. Se llama Jorge Khoury-Coumenene, y se declara con derecho a ocupar el trono de España por las siguientes razones: su madre era dama de honor de la corte de Don Carlos, de quien también fué amante, pasando de este modo a ser dama sin honor; y de aquellos amores nació este pintor, que es, por lo tanto, hijo tan ilegítimo como sus cuadros del pretendiente. Eso de reclamar los derechos a un trono empezando por hacer público que su madre era un pendón, es cosa que sólo ocurre en las familias reales. En cualquier otra familia, por pobre y humilde que sea, esas intimidades se callan, y no se da un cuarto al pregonero para decir a gritos si la mamá o la abuelita o la tía coja tuvieron algún desliz. Pero entre personas de sangre real, la cosa es muy distinta. Cada cual va muy orgulloso proclamando por ahí que descende de una concubina de don Sancho de Navarra, o que pertenece a la rama bastarda de don Ramiro, o que es hijo natural de una infanta de Castilla y, probablemente, de un canónigo magistral. El falsificador de cuadros reclama ahora sus derechos al trono en razón de ser, como hijo, aquello que Cervantes escribió con tanta facilidad.

Pero ¿cuántos pretendientes al trono vamos a tener en España? En nuestro tiempo, es decir, en el tiempo en que Braulio Solsona y yo éramos redactores de *El Pueblo de Valencia*, cuando en España había trono de verdad al que se podía pretender, nuestro país tenía bastante, y aun de sobra, con un pretendiente. Pero, a medida que ha habido en España menos trono, le han ido saliendo más pretendientes. Algo parecido es lo que ocurre en esas casas pobres donde hay más chicos cuando menos pan hay. Que hubiese un pretendiente al trono de España cuando en España había trono, tenía cierta lógica. Mientras haya una silla, aunque de momento esté ocupada, siempre existe alguna esperanza de poderse sentar en ella. Pero que haya ahora seis o siete pretendientes al trono de España, cuando no hay trono de España, es simplemente disparatado y grotesco. Así no va a haber manera de tomar en serio a ninguno, aunque cada uno se proclame, no ya hijo natural de una suripanta palatina, mas ni aun siquiera vestago incestuoso de doña Isabel la Católica y el cardenal Segura.

En nuestro tiempo, repito, había un solo pretendiente, y no por eso nos sentíamos desdichados los españoles. El pretendiente era don Jaime, a quien los periódicos tradicionalistas designaban con una inicial: el R. Lo mismo que escribían S.A. por sociedad anónima. Los carlistas de los pueblos le llamaban también "el erre", por respeto a la letra de molde.

"El erre" —esto es, don Jaime— era un verdadero pirandón, un bon vivant, especie de príncipe Danilo de "La Viuda Alegre", que vivía de ser pretendiente, y vivía, por cierto, bastante alegramente. Era hombre simpático, culto y liberal, con esa cinica y elegante tolerancia de los viejos bohemios solterones y ricos. Se le conocían en París varios enredos de faldas, pero se había negado a casarse porque querían que lo hiciera, por razón dinástica, con una prima suya que se llamaba doña Berenguela.

—Pero jéomo me vog a casar con una princesa que se llama así! —comentaba entre sus amigos de parranda.

# Fuera de VALIJA

Yo creo que tenía razón.

No solamente era un príncipe destrozado, sino tronado. Peseta que caía en sus manos, peseta que se jugaba. Se decía que la Casa real de Madrid le pasaba una renta para que no intentase una nueva guerra civil, y que cobraba dicha pensión por conducto de su agente de la Trasatlántica. No sé si era verdad. Lo que si era cierto es que le sacaba los cuartos a sus "fieles navarros", que solían ir a consultarle problemas domésticos de la "Comunión", y a los que mantenía en la esperanza de que algún día sería rey absoluto y tradicionalista de España. A estos "fieles navarros" les otorgaba unas cruces y encomiendas de la orden de la Legitimidad Proscrita, bonito título inventado por don Jaime, y por las cuales pagaban, como es natural, ciertos derechos en buenos duros amados. Don Jaime recibía a aquellos viejos y ricos carlistas en un "salón de trono" que le prestaba para esas ceremonias, en su hotel de los Campos Elíseos, un anticuario judío que era quien se había quedado con todos los cuadros y objetos de arte del viejo castillo familiar de Frohsdorff heredado por don Jaime: el aprovechado mercader iba vendiendo todo aquello a los "fieles navarros". Todo era, pues, escenografía y engaño, pues don Jaime necesitaba representar esa comedia para ir viviendo y probar la suerte a la ruleta, que casi siempre le era adversa. En el fondo le horrorizaba la idea de ser rey absoluto de aquellos bárbaros carlistas.

—Cualquiera se mete a ser rey de

España con tantos curas y militares como hay allí! —añadía.

Se burlaba con mucha gracia de las beatas españolas y de esas "señoras de comandantes" que llevaban por dentro de casa, en las capitales de provincia donde estaban de guarnición, unos matines blancos con cintitas y puntillas, y se creían unas damas muy románticas y distinguidas.

Don Jaime era amigo de don Francisco Maciá, con quien solía comer, cuando este último estuvo emigrado en París, en la hochateca del catalán Botrás, a la entrada del Faubourg Montmartre. Alguna vez comió también con ellos Paco Madrid, el gran periodista y buen amigo de Solsona y mío.

También era amigo don Jaime de Blasco Ibáñez. Una vez se habían encontrado en el paseo de los Ingleses en Niza y habían dado unas vueltas juntos, charlando sobre varias cosas, los siguientes personajes: don Jaime, Blasco Ibáñez, Kerensky, Millerand y el doctor Voronof.

—¡Qué ensalada! —exclamaba Inigo, riéndose, don Vicente. —¡Quién nos haya visto juntos!

Don Jaime habría sido, quizás, un rey mucho más liberal que el Borbón que padecimos hasta el 14 de abril.

—Mi primo —decía don Jaime— es un granuja y ultramontano.

Su primo era Alfonso XIII.

Cuando la dictadura de Primo de Rivera, preparó don Jaime un manifiesto contra el rey y contra el dictador, que asustó a sus "fieles navarros".

Murió don Jaime sin descendencia, y entonces pasaron sus supuestos derechos al trono a su tío el matusalénico don Alfonso Carlos, el marido de doña Blanca, la feroz amazona del sitio de Cuenca, virago cruel y sanguinaria. Don Alfonso Carlos era muy viejo y no tenía hijos; redactó un pintoresco testamento político, confiando a otro sobrino suyo, don Xavier —que es otro pretendiente ahora— una especie de regencia para asegurar la sucesión en el trono, en espera del heredero legítimo; pero, como don Alfonso Carlos no sabía bien el castellano, parecía decir en su pintoresco escrito que lo que esperaba del sobrino joven era que le hiciese un hijo, para que pudiera ser heredero del trono. Don Alfonso Carlos murió en Viena atropellado por un camión, durante la guerra franquista, y desde entonces se multiplican los pretendientes al inexistente trono español, empezando por el don Juan III ese de Estoril, siguiendo con don Carlos VIII, continuando con aquel otro del que nos hablaba don Angel Ossorio y que, si no recuerdo mal, se llamaba don Bernabé o algo parecido, sin olvidar, por supuesto, a don Duarte ni al ya citado don Xavier, etcétera, etcétera, para acabar, por ahora, con ese pintor de Montparnasse encarcelado en París. ¡Seis o siete pretendientes a una corona que no existe y a un trono desaparecido! ¡Qué partida de mangantes! Quizás entre todos ellos la persona más decente, tanto por parte de madre como por su oficio de falsificador de cuadros, sea este don Jorge Khoury-Coumenene, a quien no tengo el gusto de conocer, y del que sólo sé lo que tan donosamente nos ha contado Braulio Solsona en su chispeante crónica periodística.

EL VALIJERO

62  
25 enero 1971  
A.P.C.E.  
SIG.1.25/1250